

Capítulo uno

Existe un lugar donde cielo y tierra se encuentran con el mar. Si miras hacia el horizonte desde la playa, en un día muy claro, es posible que puedas ver esa isla. Es una isla muy pequeña de pescadores donde todo el mundo se conoce y donde todo lo que pasa dentro de cada casa, a puerta cerrada, se puede encontrar en el mercado el día siguiente, mezclado con el pescado. Pero esta isla no la podrás localizar en un mapa. Sólo la han visitado los pescadores perdidos y las sirenas. Y aunque muchos niños la han visto, ninguno de los que la han buscado ha sabido encontrarla.

Ahora es verano, la estación preferida de Candela, cuando no se va a la escuela, cuando se puede estar en la calle o en la playa hasta muy tarde porque no está oscuro. Lo que ella todavía no sabe es que este verano no será como los demás. Le esperan aventuras y peligros que no puede ni imaginar...

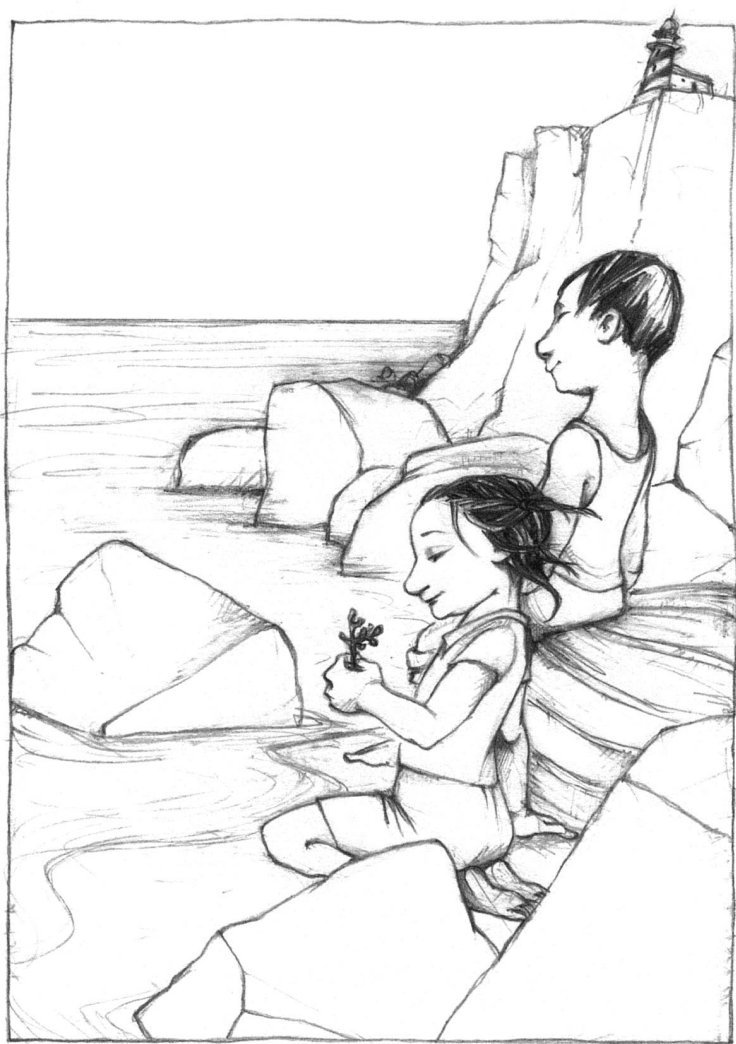
A Candela lo que más le gusta es levantarse muy temprano para correr hasta la playa a recibir a los pescadores que vuelven con las redes llenas de pescado. Camina hacia la orilla del mar y una ola le moja los pies. Como acto reflejo, se retira unos pasos, pero después camina decidida por el agua fresca hacia las rocas. Allí ve cangrejos y estrellas de mar a través del agua cristalina. Cuando el cangrejo se esconde debajo de una roca, Candela oye el grito, muy cercano, de una lechuza. Se asusta y alza la mirada de repente, sorprendida, porque las lechuzas no cantan durante el día. Y ve a Valentín, que sonríe mientras camina hacia ella.

Valentín es el mejor amigo de Candela. Se conocen desde siempre. Candela no recuerda un verano, ni una clase, ni casi ningún momento fuera de casa donde él no esté. Ahora le sonríe de oreja a oreja mientras se le acerca con los pantalones arremangados y un caza mariposas en la espalda, orgulloso de haberla asustado. Candela está un poco enfadada y, sobre todo, avergonzada de haber caído tan fácilmente en el engaño. A Valentín le encanta imitar sonidos de animales y lo hace de manera tan convincente que siempre consigue engañar a Candela. Al final, Candela no aguanta más su cara de enfado y sonríe también. Se acuerda de la cantidad de veces que han gastado bromas a otras personas del pueblo, como el día en que un tendero intentaba «aligerar» su vientre entre unos matorrales y lo pusieron nervioso, primero con el movimiento de las ramas y después con los aullidos de un lobo, hasta que hicieron que saliera corriendo, sin darle tiempo ni a subirse los pantalones.

Candela ha notado que últimamente Valentín se comporta de modo diferente a su lado, aunque no tiene muy claro por qué no ha conseguido reunir el valor necesario para preguntarle nada. Hoy tampoco. Sencillamente le sigue por la playa hasta su escondite preferido, todavía algo enfadada por la sonrisa de sabiondo que su amigo mantiene.

Candela y Valentín escalan unas rocas y llegan a un lugar escondido en la playa, desde el que ya no se oye a los pescadores, y donde el trocito de arena entre el mar y el acantilado es muy estrecho. Allí tienen una barca abandonada y volteada que es su refugio preferido.

Hace tiempo que un día, jugando por la playa, Valentín tropezó con el casco de una barca abandonada, con un pequeño agujero, más que suficiente como para hacerla inútil en el agua. Corrió a buscar a Candela para enseñarle su descubrimiento y le explicó que él sabía cómo arreglar la barca para poder



navegar muy lejos, hasta la raya del horizonte. El padre de Valentín se gana la vida arreglando las barcas de todos los pescadores y él le ayuda a menudo; aunque todavía le queda mucho por aprender. Por eso, cuando Valentín lo dijo, Candela se rió y tuvo la idea de girarla y utilizarla como si fuera una pequeña cabaña. Aquel día grabaron sus nombres en la madera del interior del casco y prometieron que sería su secreto y que no se lo enseñarían a nadie.

Desde entonces han ido encontrando otras piezas de barcas que llegan a la playa después de chocar contra las rocas o que son abandonadas cuando ya no se pueden reparar. Y las han ido juntando, haciendo crecer su cueva del tesoro. Es suficientemente grande para que quepan los dos; eso sí, sólo sentados o de rodillas.

Debajo del casco se encuentran incluso mejor que en casa. La sombra los protege del sol cuando juegan durante horas con las con-

chas o las tortugas de mar que nadan hasta la arena. En esta cueva de tesoros coleccionan las piedras de colores cristalinos que el mar abandona en la playa, las conchas que guardan las olas en su interior y los objetos de naufragios de otros tiempos que, después de nadar durante años, se han convertido en fósiles marinos.

A menudo juegan a piratas: planean cómo recuperar más tesoros y cómo defender su cueva de cualquier posible intrusión. Cuando juegan a piratas, ponen voces de mentira. Valentín fabricó incluso espadas de madera para defenderse y las utilizan para ensayar. Se lo están pasando muy bien ese día, hasta que Candela, con mucha destreza, desarma a Valentín y sin que tenga nada que ver, de repente, le invade una certeza extraña que le hace decir:

—Nosotros nos casaremos.

Valentín se pone rojo como un tomate y Candela sonríe con picardía.

—¡Mentira! ¿Tú cómo lo sabes? —dice él avergonzado.

—Lo sé y punto —contesta ella convencida.

Como él no sabe qué responder, Candelita se levanta y se marcha corriendo a casa. Valentín está tan sorprendido que no tiene tiempo de seguirla.

Capítulo dos

Desde la playa, Candela ve el faro que corona la parte más elevada de la isla. Las rayas rojas sobre el blanco lo hacen destacar por encima de las casas blancas con puertas y ventanas azules que forman las callecitas estrechas del pueblo. Candela vive en el faro, con sus padres, Pilar y Gabriel, y con su abuela Adela. La luz del faro está siempre encendida, aunque sus poderosos rayos de luz sólo se ven por la noche o cuando la tormenta o la niebla hacen que esté oscuro durante el día. Candela está orgullosa de que su padre tenga una misión tan importante: señalar la localización del pueblo a los marineros

y los barcos para evitar que naufraguen contra las rocas, aunque en alguna ocasión la imprudencia de los capitanes ha causado desastres, o eso ha oído decir a los mayores.

Por un atajo entre las rocas, Candela llega rápidamente a la playa principal, donde ve a los pescadores colocar la pesca del día en capazos y recoger las redes. Cantan canciones que sus padres ya cantaban y que, seguramente, sus abuelos habían aprendido de sus abuelos. A Candela, estas canciones le hacen pensar en las sirenas de las que su padre siempre habla, que entonan melodías con las que causan naufragios o salvan a los marinos en tormentas legendarias. Candela saluda a los pescadores y ellos bromean:

—¡Ay, si tu madre te engancha descalza...!
—le dice un pescador que le sonríe sin dientes.

—Me parece que tendremos que enredarte en una de las redes y lanzarte al fondo del mar —dice su compañero.

Ella se ríe porque sabe que lo dicen en

broma, aunque cuando era pequeña, la amenaza de ser lanzada al fondo del mar siempre la hacía correr como una endemoniada. Ahora que ya tiene doce años, le hace gracia que los pescadores todavía piensen que es pequeña. Cuando su madre la trata como a una niña pequeña, en cambio, se enfada, porque bien que la hace ayudarla en las tareas de casa como si fuese mayor, pero después nunca la deja hacer lo que ella quiere, como si fuera pequeña. Siempre igual: «no puedes porque te harás daño»; o bien: «cuando seas mayor...»; o la frase que más odia Candela: «¡he dicho que no y es que no!». Un día Candela contestó «pues yo he dicho que sí y es que sí» y todavía recuerda el enfado de su madre, que la envió a su habitación y la dejó sin salir hasta el día siguiente.

Candela camina deprisa hacia el faro hasta que pasa por delante de una casa totalmente azul, que parecería abandonada si no fuese por el humo negro que siempre sale de su chi-

menea, tanto de noche como de día. Allí vive la curandera del pueblo, a quien las malas lenguas acusan de bruja. Candela evita pasar cerca de allí por la noche, porque todos los niños del pueblo saben que hay lobos que vigilan la casa. Sin embargo, hoy no tiene alternativa, si no quiere hacer enfadar a su madre.

Una vez, cuando era pequeña, vio a la curandera en persona. Pero no recuerda muy bien cómo era. Cuando se lo explicó a Valentín, él le aseguró que la curandera la había embrujado para borrarle la memoria. Candela sólo recuerda las manos de dedos extremadamente largos, torcidos, en posiciones imposibles y con las uñas puntiagudas y llenas de roña. De todas formas, los niños del pueblo saben que la curandera tiene los cabellos blancos y despeinados, como si llevara un gato enfadado en la cabeza, y que tiene ojos de sapo, capaces de ver más allá de lo que tienen delante.

Cuando pasa por el camino que bordea la

casa, echa una ojeada y el humo que sale de la chimenea toma la forma de un lobo a punto de atacar. Una lagartija enorme que toma el sol en la pared se esconde rápidamente en un agujero del techo. Candela tiene la sensación de que la casa la observa y aligera todavía más el paso. Cuando escucha un aullido de lobo y movimiento de ramas, no aguanta más y corre tanto como puede sin mirar atrás hasta que llega a su casa.

La abuela Adela, vestida de negro, como siempre desde que el abuelo murió, está sentada en su mecedora mirando al mar. Cuando ve los pies descalzos de Candela, hace como si una cremallera imaginaria se le cerrase en los labios, y sonríe con complicidad. Su nieta la besa antes de entrar en casa.

Capítulo tres

Candela entra en casa acalorada después de correr bajo el sol y preocupada porque sabe que su madre la regañará por llegar tarde. Cuando abre la puerta, ve que Maribel ha venido a comer. Es su tía preferida, la hermana pequeña de su padre. Es más joven que su madre y siempre lleva el pelo largo y ondulado cayéndole por la espalda. Normalmente usa maquillaje y su madre siempre le echa en cara que sea tan presumida y que se ponga vestidos a la moda que le ciñen la cintura. Candela, de mayor, quiere ser como ella. Maribel le ha prometido que la enseñará a maquillarse, e incluso, algunas veces, le

ha pintado las uñas a escondidas de su madre.

—¡Ya era hora! ¿Cómo tengo que decirte que no vayas descalza por el mundo? —dice su madre en vez de «hola».

De repente, Candela tiene un sobresalto. Una impresión muy fuerte la invade y le hace decir:

—¡Cuidado que la olla se caerá!

La madre, que está atareada cortando cebollas y tomates para hacer el sofrito, ve la olla hervir tranquilamente en los fogones al lado de la ventana abierta y se gira hacia Candela.

—¿Cuántas veces tengo que decirte que no digas mentiras? ¡Me has dado un susto de muerte! ¡Lávate las manos y ven a ayudarme a poner la mesa si no quieres que te dé un cachete!

Antes de subir por las escaleras de caracol, Candela se acerca a Maribel, que está pelando patatas, y le da un beso en la mejilla. En ese momento, un cuervo negro

como el carbón entra enloquecido por la ventana, con las alas enormes extendidas, y vuelca la olla, que cae al suelo con gran estruendo. El cuervo, desubicado y confuso, da un par de vueltas por la cocina, dejando a su paso plumas negras y causando un buen jaleo antes de encontrar la salida y escapar por la misma ventana por la que ha entrado.

La madre, que ha pegado un grito cuando el cuervo ha entrado, ya está más tranquila y coge un trapo mientras Maribel se santigua y, asustada, mira a su sobrina. Candela no puede creerse lo que ha pasado, pero no tiene tiempo de darle más vueltas, porque su madre le da el trapo y le ordena que recoja la sopa que se ha derramado y que tenga cuidado en no quemarse.

Candela protesta y dice que no ha sido culpa suya, pero su madre ni la escucha y, sin perder un instante, ya tiene otra cazuela en el fuego calentando agua. La abuela Adela lo

ha visto todo desde la puerta y se agacha con dificultad para ayudar a Candela.

—Candelita, tu madre no quiere entenderlo, pero eres muy especial.

La madre le lanza una mirada encendida a la abuela y luego a Maribel, como diciendo «ahora no», pero en realidad dice:

—No empieces con tus tonterías de brujerías, que ya es demasiado mayor para creerse esos cuentos de hadas.

Mientras dice eso, descabeza un par de pescados y tira las espinas a la cazuela. Candela no entiende por qué su madre nunca dice lo que piensa.